

chos que arrastraron el charrasco por nuestros escenarios, haciendo alarde de vacua fanfarronería.

Sorprende sobre manera la orientación de Don Tomás Tapia.

No extraña que fuera cura, porque curas, frailes, médicos o soldados era lo único que podían ser en aquella pobreza los muchachos que tenían oportunidad de hacer algunos estudios. Como las familias no podían sostenerlos tenían que hacer carreras cortas y que les permitieran ganarse el sustento apenas terminaran. Hubiera sido tan natural como en los demás casos, que al acabar la carrera, Don Tomás hubiera ido a desempeñar un curato en cualquier pueblo de por aquí y que en ello hubiera consumido su vida, pero que aparezca desempeñando cargos docentes en la Universidad, que abandone la carrera eclesiástica, que permanezca célibe y que aún muriendo a los 41 años tenga una preparación tan sólida como para aspirar con fundamento al profesorado de la Universidad Central, es verdaderamente extraño. ¿Qué circunstancias pudieron rodear a este hombre aquí o fuera de aquí?

Aquí, ya lo dice su sobrino Don Enrique, imperaba el cerrillismo y la miseria, circunstancias poco propicias para una labor intelectual seria.

Fuera, tratándose de un sacerdote joven y pegado a la familia tampoco se ve la causa posible.

El, no dejó de estar entre sacerdotes.

Don Julián Sanz del Río también lo fue y lo mismo Don Fernando de Castro y Don Francisco Barnes, compañeros de Tapia y discípulos todos de Don Julián en Filosofía.

Sanz del Río nació en una aldea de Soria, Torrearévalo, pero fue a estudiar con un tío Canónigo en Córdoba y eso ya es distinto para



D. Antonio Castillo Ayala

El gran alcalde cuya nombradía perdura, que puso al pueblo frente a sus necesidades haciéndole ver que debía resolverlas por sí mismo y decidiéndole a realizarlo a fuerza de severidad, austeridad y honorabilidad que lo ejemplarizaron para muchos años



Castillo con su mujer, María Ignacia Tapia Vela y su única hija, Dolores Castillo Tapia